



[Fig. 2. Páginas del libro «Corazón». Texto e imagen acompañando uno al otro.]

Desde este lugar a lo que podemos ver hoy el cambio resulta por demás abrupto. Inicialmente porque la ilustración y su prerrogativa figurativa adquieren un valor plástico relevante, y abandonan esa “obtusa” tendencia representativa abrogativa de una simplificación extrema. Ahora bien, en los cuentos destinados a niños, desde hace ya algunas décadas para acá se viene desarrollando un cúmulo de experiencias, que cada vez más otorgan un justo valor a la ilustración dentro de este campo. Haciendo del arte gráfico y de la ilustración misma no sólo un mero instrumento descriptivo, o “apoyativo” a la obra, sino también colocándolo a formar parte activa de la historia narrada. Se ha producido entre escritor e ilustrador una simbiosis que les ha traído un desarrollo significativo entre técnica y texto, estilo y forma, así como también desarrollo plástico y arte pictórico. Tal como lo afirma Maurice Sendak cuando dice:

Puede ser una mera decoración o una expansión del texto. Es la versión del texto hecha por el ilustrador, es su propia interpretación. Es la razón por la cual uno es socio activo en el libro y no un mero eco del autor. Ser ilustrador es ser un participante, es ser alguien que tiene la misma importancia, al expresarse, que el autor del libro, y, ocasionalmente, más importancia que éste, pero ciertamente nunca es ser el eco del escritor<sup>3</sup>.

Esta simbiosis o carácter de socio tal como nos propone Sendak, parece que se ha gestado igualmente en la creación de “El libro negro de los colores”

<sup>3</sup> LORRAINE 2012.